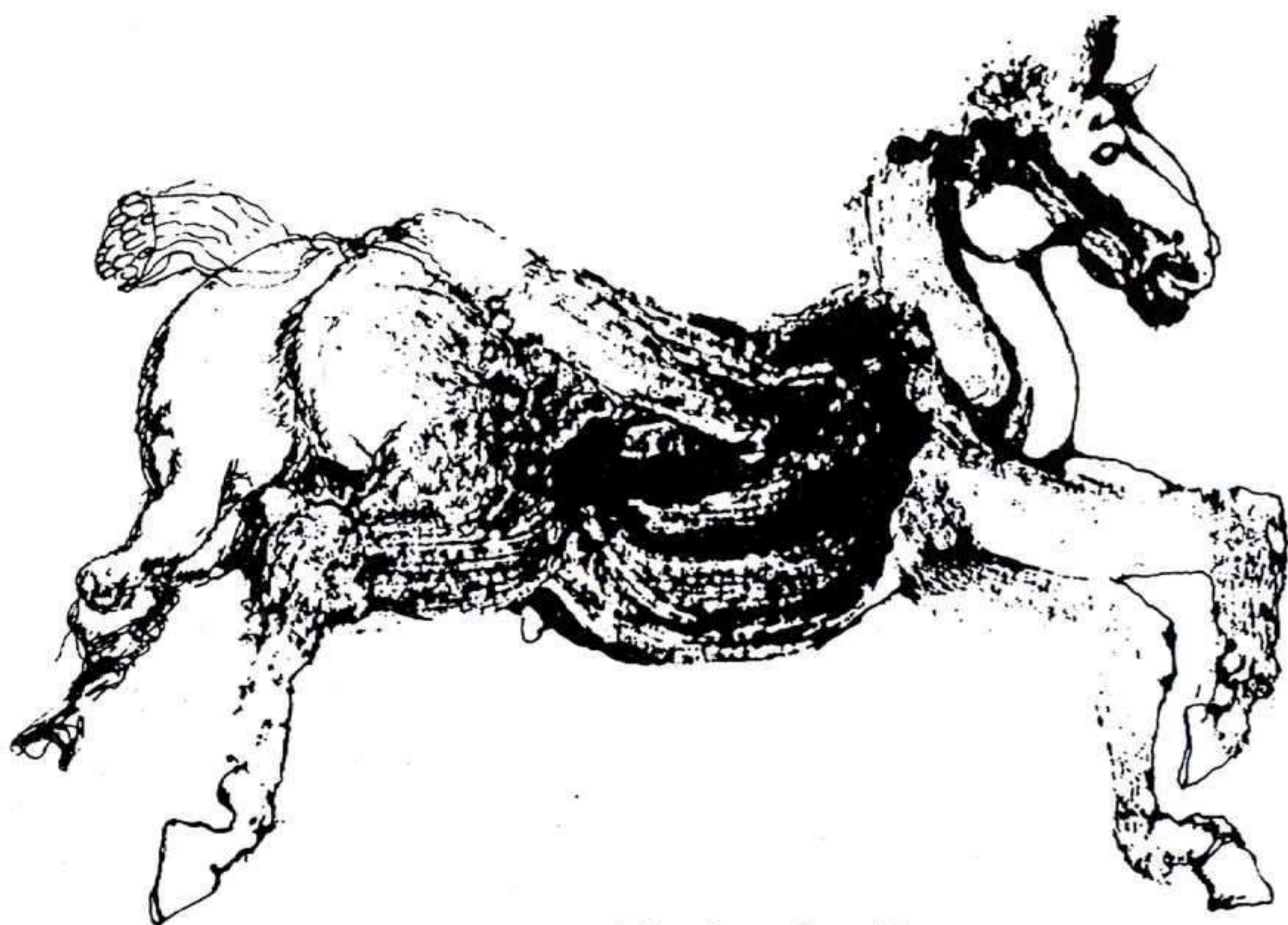


# Entrevista con Gerald Brenan

Por Eduardo Castro



*Dibujo de Rodolfo Alvarez Santaló*







**V**IAJERO empedernido por países mediterráneos, explorador de viejas y olvidadas culturas, soñador de aventuras insospechadas y conquistador frustrado de desiertos africanos y rutas asiáticas que le llevaran a la ancestral China de Marco Polo, cuando Gerald Brenan llegó al puerto de La Coruña un lluvioso día de septiembre en 1919, “huyendo de la sofocante vida y la rutina profesional de la Inglaterra victoriana”, sólo tenía una idea fija en la cabeza: encontrar un sitio tranquilo y lo suficientemente alejado del *mundanal ruido* donde, como un nuevo Emilio rousseauniano, le fuera posible educarse por sus propios medios. Apenas contaba entonces 25 años de edad y ya había pasado por mil y una aventuras, decenas de países y alguna que otra experiencia amarga.

“A mí, cuando era joven, no me gustaba la escuela. Yo quería ser explorador y recorrer todos los países de la Tierra. Me atraían, sobre todo, los desiertos, y sólo leía libros de viajes. Un día se me

metió en la cabeza la idea de ir a la China y como no me llevaba bien con mi padre y quería huir de su mundo burgués y del futuro que me tenía reservado (él estaba empeñado en meterme en un colegio militar, siguiendo con ello la tradición familiar), pues yo no vi otra salida a todo eso que escaparme de casa. Tenía entonces 17 años y me fui con sólo doce libras en el bolsillo y con un compañero que era algo mayor que yo. Cogimos el barco hasta Calais y nos dirigimos andando hacia el sur de Francia”.

#### A la China en burro

“Más allá de Lyon compramos un carrito, tirado por un burro bastante pequeño, y muchas mantas. Así cruzamos Francia y el norte de Italia, hasta que llegamos a Venecia. Como el burro solamente andaba unos veinte km. diarios, el viaje tuvo que ser pesadísimo, aunque nosotros ni nos dimos cuenta. Nunca pudimos descansar en una cama y, cuando llovía, nos refugiábamos en los pajares y establos de las casas de campo que encontrábamos, pero todo nos daba igual con tal de alcanzar pronto la China. Para colmo, cuando llegamos a la frontera yugoslava, en Trieste, nos tomaron por espías y nos metieron en la cárcel. Desde luego, tengo que reconocer que yo llevaba una pinta algo sospechosa para la época, con una larga melena al estilo de los *hippies* de hoy, sólo que entonces estábamos en 1912. Además, mis ropas eran de lo más estrafalarias, una especie de extraña mezcla de vestimenta de obrero de metro de París y artista de Montparnasse. Así que, cuando



por fin salimos de aquél lío, mi compañero decidió quedarse en Venecia a pasar el invierno y yo tuve que continuar el viaje solo y a pie”.



Brenan había nacido en 1894, en la isla de Malta, donde su padre, oficial del ejército de Su Majestad la Reina de Inglaterra, se encontraba destinado. Pero, casi inmediatamente, la familia se trasladó a Irlanda del Norte y el que más tarde se convirtió en incansable vagabundo se quedaría ya para siempre con las ganas de conocer la tierra que le sirvió de cuna. Por otro lado, aunque los sucesivos destinos de su padre lo llevarían posteriormente a los más diversos y fantásticos países del entonces extenso imperio británico, incluidas la India y Africa del Sur, lo cierto es que, a sus 17 años, Gerald Brenan no consideraba como propiamente suyas las innumerables experiencias viajeras de su infancia y quería descubrir el mundo por sus propios ojos y escasos medios.

“Mis deseos de llegar a la China eran tan grandes que no reparé en que ya se echaba encima el in-

vierno y que, además, me había quedado sin dinero. Sin embargo, los yugoslavos son gente muy hospitalaria y me daban de comer en los cortijos, dejándome dormir en sus pajares. Mi idea era trabajar unos días en cualquier sitio para reunir algo de dinero y continuar andando hasta que se me terminara, volver a trabajar otros cuantos días y, así, hasta la China. Pero en ningún sitio había faena ni para los mismos muchachos del país, así que no tardé en convencerme de que era mejor regresar. La nieve cubría ya aquellos campos y no tuve más remedio que dirigirme a un pequeño puerto de pescadores del Adriático y esperar allí a que, a cambio de trabajar un poco, me dejaran embarcarme en un viejo cascarón que hacía la travesía hasta Venecia. Como la ciudad de las góndolas y los canales era ya por entonces bastante turística, no me costó trabajo encontrar un empleo de camarero en un restaurante; pero



como no consentí en cortarme el pelo, porque aquello era para mí una idea casi religiosa y fanática, terminaron por echarme casi antes de que me hubiera acos-



tumbrado a servir una mesa. Entonces me di por vencido y acabé escribiendo a mis padres, no sin ponerles algunas condiciones para mi regreso, pero ellos me mandaron el dinero necesario para volver y así lo hice”.

### Por qué España

El estallido de la primera gran guerra europea, en 1914, proporcionaría a Gerald Brenan la oportunidad de salir nuevamente de su casa y sus estudios sin necesidad de provocar una segunda ruptura con la familia. Tras el paso por un campamento especial, el joven Brenan, que años más tarde terminaría haciéndose pacifista, recorrió durante los cuatro largos años de conflicto casi todos los frentes de batalla europeos, destacándose en algunas acciones importantes por las que fue condecorado —entre otras, en la batalla del Somme— y alcanzando al final el grado de capitán del ejército británico. Sin embargo, ni siquiera la guerra había conseguido infundirle el espíritu militarista que tanto habría agradado a su padre. Por el contrario, el deseo de vagabundear eternamente por todos los países del mundo había dejado paso en su cabeza a la idea de instalarse en alguna tranquila aldea del sur de España y dedicarse a cultivar su nueva vocación de escritor.

“Me decidí por España pensando que sería el país más barato que podía encontrar en Europa, ya que se había mantenido neutral en la guerra. Quería encontrar un lugar tranquilo donde poder dedicarme, durante dos o tres años, a leer y estudiar los dos mil libros

que previamente había juntado en Inglaterra y hecho enviar por barco a Almería. Tenía la intención de ser poeta, pero para escribir tenía antes que aprender a hacerlo, estudiando únicamente los temas que me interesaban para mi propósito: filosofía, literatura, historia, geografía... Vine a Andalucía como se va a una universidad, pero sin clases ni profesores ni más compañeros que mis propios libros. Por supuesto, no podía imaginarme que terminaría quedándome aquí para casi toda mi vida”.

Su primera impresión física del país no resultaría, sin embargo, demasiado agradable. La incessante lluvia que le acompañó durante su travesía de la Península, desde La Coruña hasta Granada, y la desagradable experiencia de su estancia en Madrid estuvieron a punto de hacerle desistir de su propósito.

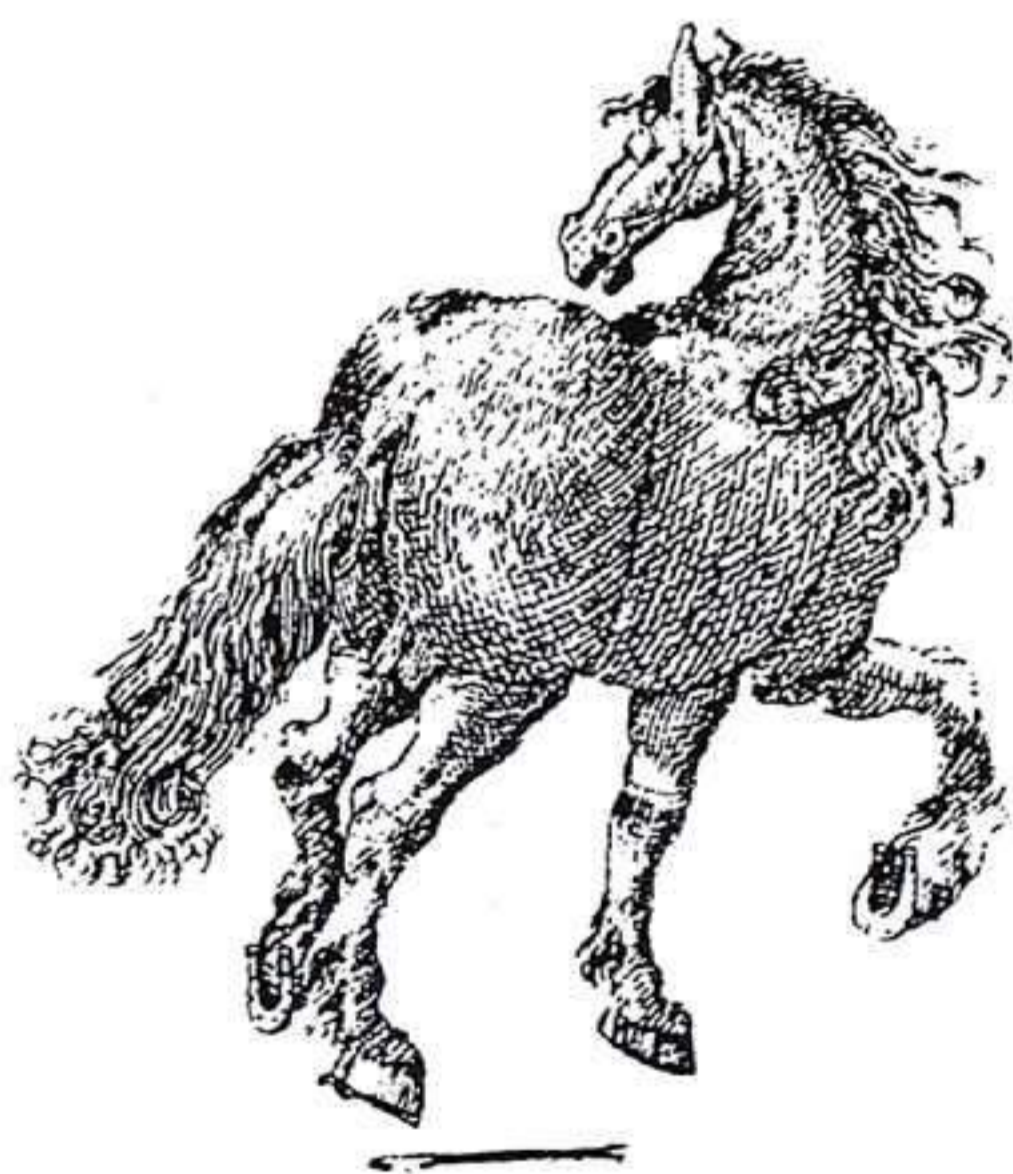


“Lo de Madrid, desde luego, no deja de tener gracia al cabo de los años. Como el único libro español que yo había leído hasta entonces



era el *Quijote*, me puse a buscar una posada con mi maleta a cuestas por toda la ciudad. Naturalmente, no encontré ninguna y me tuve que hospedar en una pensión regentada por dos viejas que, por lo visto, no habían probado bocado desde hacia varios meses. Me exigían pagar cada comida por adelantado y no me quitaban el ojo de encima mientras comía, arrebatándome el plato antes de que hubiera terminado para tragarse ellas las sobras en la cocina. Como, además, estaba ya harto de tanta lluvia, me fui muy pronto para Granada. Pero también allí continuó lloviendo sin parar y la impresión que me causó ver la Alhambra pasada por tanta agua fue desastrosa. Así que, apenas se presentó el primer día sin lluvia, me eché rápidamente a andar con el propósito de llegar por fin a la Alpujarra pero dando un enorme rodeo por la provincia malagueña. Crucé a pie toda la Axarquía, llegué a la costa por Vélez-Málaga y terminé entrando en la comarca alpujarreña subiendo por el cauce del río Grande desde Motril. No es que yo estuviera especialmente interesado en viajar a pie, pero como España no había resultado ser un país tan barato como me había imaginado, no me quedaba más remedio que administrar cuidadosamente el poco dinero que había ganado durante la guerra. Al principio, me resultaba bastante penoso andar por aquellos caminos montañosos, teniendo que adivinar la ruta, porque los mapas que llevaba eran un desastre, con casi todos los nombres de los pueblos equivocados y los

ríos fuera de su sitio. Más tarde, cuando ya tuve mochilas, me acostumbraría a esta forma de viajar y terminaría pateándome toda la Sierra Nevada y las Alpujarras, e incluso hice muchos viajes largos andando. Una vez llegué hasta Murcia y Cartagena de esta manera, que ya son ganas de viajar. Uno de los trayectos que hice más veces fue el de Yegen a Málaga por la costa, con una distancia de más de doscientos kilómetros. Compraba queso, pan y fruta por el camino y me quedaba a dormir en las playas. Casi siempre tardaba cinco días en llegar, a una media de cuarenta kilómetros diarios, lo que no estaba nada mal para un hombre como yo que, desde el final de la guerra, casi nunca me había encontrado bien de salud”.



### **Caminos de la Alpujarra**

Al contrario de lo que podría pensarse, la búsqueda de una casa de alquiler adecuada a su necesidad y posibilidades no fue para Brenan, en aquel mes de enero de 1920, una tarea fácil. El todavía aspirante a escritor se vio



obligado a patearse más de la mitad del casi centenar de pueblos, aldeas y cortijadas que jalonan la ladera sur de Sierra Nevada antes de encontrar y arrendar, por 120 pesetas anuales, la que terminaría convirtiéndose en *su casa* de Yegen, donde Brenan pasaría casi diez años de su vida y en la que se irían sucediendo las visitas de los más famosos personajes de la vida literaria y artística de la Inglaterra de la época. Entre ellos, algunos de los más importantes del *grupo de Bloomsbury*, desde Lytton Strachey hasta la propia Virginia Woolf, pasando por Roger Fry, su mejor amigo, Ralph Partridge y el gran amor de su vida, Dora Carrington.

“El camino entre Orgiva y Yegen siempre era una aventura, con tanto barranco y un frío que pelaba en invierno y con el constante riesgo de que la primera tormenta peligrosa te sorprendiera lejos de una venta o una cueva. De cualquier manera, la cosa tenía un encanto y una emoción que difícilmente pueden ya encontrarse hoy día. En primer lugar, naturalmente, porque ahora se viaja siempre en coche, y segundo, porque ya han desaparecido prácticamente todas las ventas (Cuatro Camino, la Venta Melones, la del Moro). De aquel tiempo me parece que ya sólo queda la Venta del Targu, en la Contraviesa, sobre la carretera que va de Cádíar a Albuñol. En realidad, en toda la Alpujarra apenas si quedan ya algunas cosas verdaderamente antiguas. Aparte de dos o tres edificios artísticos que se con-

servan en Orgiva, que yo recuerde sólo quedan las ruínas de un viejo molino árabe que hay por debajo de Fondales —con un precioso puente de madera sobre el río Trevélez—, una acequia del tiempo de los visigodos que baja hasta Pitres desde más arriba de Capileira y los restos de muros en el sitio conocido como La Mezquita, entre Pórtugos y Busquístar, frente al cerro del Conjuero, aunque en realidad no se sabe si allí hubo efectivamente una mezquita, algún palacio o simplemente el núcleo de casas principal de una *taha*. Antes había en Mecina-Bombarón una plaza de toros del siglo XVII o XVIII, pero hace años que la tiraron. También una tumba cristiana del tiempo de los romanos, que se descubrió en Trevélez, se encuentra ahora en el Museo Arqueológico de Granada. Así que el único monumento que todavía se conserva en toda la Alpujarra es el estratégico castillo árabe de Lanjarón, aislado sobre la cresta de una roca en medio de un enorme barranco y cuya vista resulta realmente alucinante”.





## Guerra y literatura

Puede decirse que Gerald Brenan vino a España buscándose a sí mismo ("Para mí, Yegen supuso la libertad", diría el escritor años más tarde, "la oportunidad de encontrarme a mí mismo y sentirme, por primera vez en mi vida, como una persona verdaderamente libre") y se encontró con un país y unas gentes que lo rebautizaron con el nombre de *don Gerardo* y que él no tardaría en adoptar como propio. Durante los últimos 66 años, en efecto, el famoso escritor británico ha vivido casi continuamente en Andalucía, de donde sólo ha salido en contadas ocasiones, casi siempre forzado por obligaciones familiares o para dar satisfacción a su inquieto espíritu viajero, con periódicas escapadas a Marruecos y norte de África, a Italia, Grecia y Turquía, o incluso al otro lado del Atlántico, antes de su hasta ahora última y desafortunada aventura londinense, donde en la primavera de 1984 pasó un mes de triste recuerdo enclaustrado contra su voluntad en una residencia de ancianos.

El 18 de julio de 1936 le sorprendió en su casa de Churriana, a ocho kilómetros de la capital malagueña donde se había instalado a raíz de su matrimonio con la poetisa norteamericana Gamel Woosley y donde Brenan había continuado recibiendo visitantes ilustres como Beltrand Russell. Y serían, precisamente, la vivencia de aquellos trágicos acontecimientos y su eventual dedicación periodística como corresponsal de guerra, los dos motivos que más decisivamente influirían en la posterior

evolución de toda su obra investigadora y literaria.

Forzado, en efecto, a abandonar España por su simpatía y apoyo al Gobierno republicano, Brenan se olvidó en principio de su vocación poética y se dedicó durante varios años a preparar y escribir en Inglaterra un libro que sirviera para comprender la historia reciente de España.

"Aquellos fueron años de trabajo duro y perseverante. La guerra civil española me había afectado de manera mucho más honda que la guerra con los nazis, en razón de la violencia con que se desarrolló y tuve que luchar continuamente con la intensidad de mis sentimientos para evitar partidismos y prejuicios. Cuando empecé a recoger material para el libro, mi ignorancia tanto sobre los movimientos obreros como sobre la dialéctica marxista era casi completa, así que tenía mucho trabajo por delante. Al terminarlo, sin embargo, me di cuenta de que en realidad había escrito una crítica de las locuras e ilusiones de la izquierda, con cuyos básicos objetivos simpatizaba obviamente. Lo titulé *The spanish labyrinth* (*El laberinto español*) y pronto se convirtió en un libro de mucho éxito que terminaría por estudiarse incluso en las universidades inglesas. A continuación me dediqué a escribir *The literature of the spanish people* (*Historia de la literatura española*), que terminé en febrero de 1949, después de dos años y medio de trabajo, y que correría casi idéntica suerte que el anterior. Todavía hoy, a pesar de que algunas de mis posteriores obras han merecido ma-



yores elogios por parte de la crítica, yo creo que ambos continúan siendo los más conocidos y, desde luego, los que más ingresos me han proporcionado y gracias a los cuales todavía puedo ir tirando con mi economía. En España, sin embargo, el *Laberinto* ha estado prohibido durante muchos años y hasta hace poco no se autorizó su venta en castellano”.



#### “Don Gerardo” y “Don Ernesto”

En 1949, Brenan y su esposa regresaron por primera vez a España después de la guerra y viajaron por todo el país con objeto de constatar los cambios producidos. Fruto de aquella experiencia sería *The Face of Spain (El rostro de España)*, el único de sus libros que puede considerarse como un típico relato de viajes (igualmente prohibido aquí durante décadas debido a que, en su capítulo sobre Granada, Brenan daba por primera vez la pista del lugar exacto donde fue ejecutado y enterrado Federico García Lorca).

Cuando, en 1953, los Brenan consideraron que la situación general en España había mejorado y que no encontrarían ya la sequía y el hambre de los que habían sido testigos tres años

antes, el matrimonio embarcó con destino a Gibraltar y se instaló de manera definitiva en su casa de Churriana, donde *don Gerardo* escribió otro de sus libros más conocidos y celebrados, *South from Granada (Al sur de Granada)*, una mezcla de recuerdos personales sobre sus años de estancia en Yegen y de estudio antropológico sobre la vida de este pueblo alpujarreño.

En 1959, Brenan conoció a otro gran escritor viajero, Ernest Hemingway, ex-combatiente de las Brigadas Internacionales en nuestra guerra civil y, como él, igualmente enamorado de España, aunque por diferentes y, al parecer, nada políticas razones:

“Hemingway por entonces se interesaba exclusivamente por los toros, que a mí no me gustan, y aunque su actitud hacia mi persona fue siempre amistosa, yo descubrí que era incapaz de comunicarme con él. No había nada destacable en su conversación, ni resultaba fácil hacerle hablar de literatura. Tratando en cierta ocasión sobre la guerra española, Hemingway me confesó que nunca había profesado demasiado fervor por las ideologías izquierdistas, pero que vino a España por la sencilla razón de que le gustaban las guerras. A pesar de todo, yo siempre guardé un gran respeto hacia su obra y no poca admiración a su gran personalidad, aunque nunca llegué a averiguar si ésta era algo sincero o, como alguien ha pretendido, una máscara para ocultar sus sentimientos y contradicciones internas”.



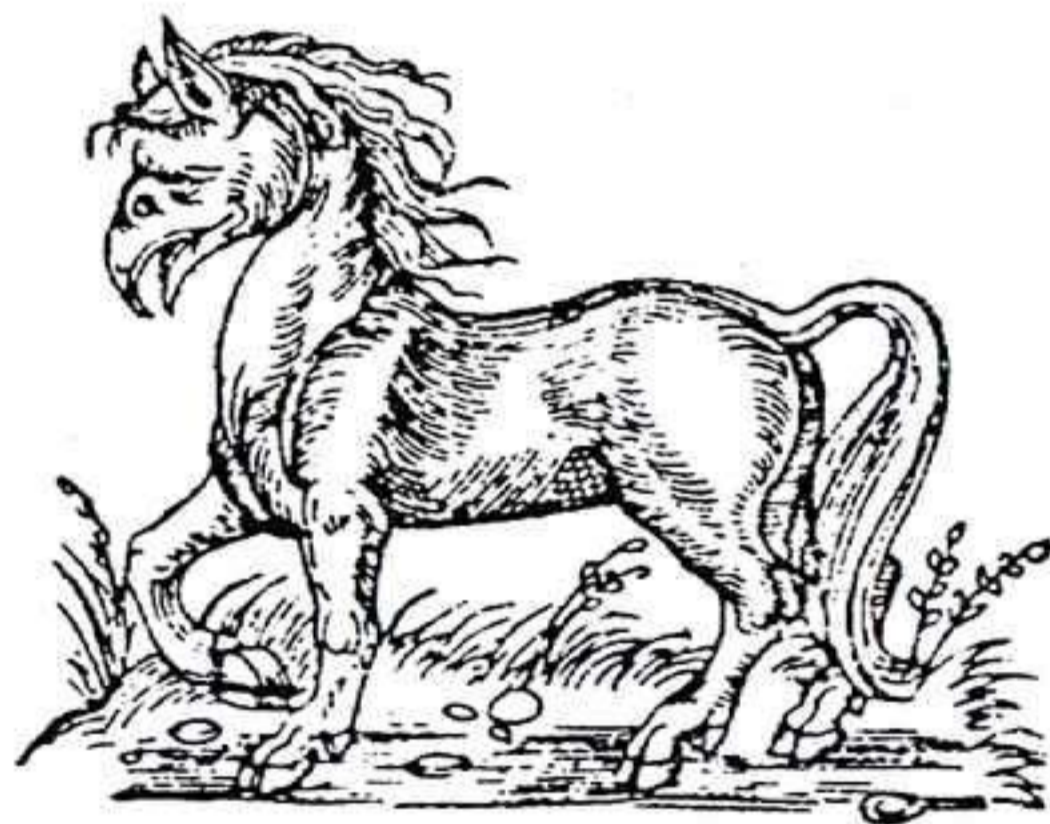
Tras la muerte de su esposa, Gerald Brenan vendió el caserón de Churriana y se trasladó a la Cañada de las Palomas, también en la provincia malagueña, junto al pueblo de Alhaurín el Grande, donde compró un pequeño terreno con olivos y frutales y se construyó una casa en la falda trasera de la sierra de Mijas, con una magnífica vista de la Serranía de Ronda. Allí vive desde entonces, acompañado durante años y años de la joven poetisa y traductora Lynda Nicholson, y al cuidado de dos enfermeras y una cocinera desde su regreso de Londres en 1984.

“Una de las épocas que mejor recuerdo de los últimos años es cuando Lynda y yo compramos un *seiscientos* y nos dedicamos a viajar. Hicimos dos largos viajes por Europa, uno a Grecia y el oeste de Turquía, regresando por Yugoslavia y Venecia, y otro desde Palermo a Roma y Florencia, atravesando toda Italia de sur a norte y deteniéndonos para ver obras de arte”.

Por fin, antes de despedirnos, le preguntamos a este hombre excepcional por algo que siempre nos ha llamado la atención sobre su personalidad: el motivo de haber elegido, precisamente, Andalucía como residencia, así como su opinión respecto a los andaluces.

“Lo que más me impresionó, la primera vez que crucé Despeñaperros, fueron los olivos y el blanqueo de las casas confundándose hasta el infinito en el campo andaluz. Un campo que es completamente diferente al

del resto de los países mediterráneos, como una especie de mezcla del griego y el italiano. Y, naturalmente, también me impresionó, cuando llegué a conocerlo, el carácter de los andaluces. Porque, en contra de lo que se piensa por ahí, los andaluces no son nada frívolos, sino todo lo contrario. Aquí existe un sentido de la belleza y un espíritu artístico que se manifiesta en los jardines y balcones, en la limpieza y blancura de las casas y los pueblos y, sobre todo, en sus maravillosas coplas populares. También hay quien dice que los andaluces son tristes, pero a mí me parece que tampoco esto es verdad. Lo que sí son es



trágicos y, en el fondo, puede que hasta serios. Otra de las imágenes falsas que se han propalado del andaluz es la de su vagancia, pero la verdad es que cuando el hombre de esta tierra no trabaja es porque no tiene trabajo. Resumiendo, yo creo que en Andalucía hay tragedia porque hay miseria, pero en realidad es una tierra mucho más viva y creadora que la de Castilla”.





*Gerald Brenan, picnic en Mijas.*

*“Vine a Andalucía como se va a una Universidad, pero sin clases ni profesores ni más compañeros que mis propios libros. Por supuesto no podía imaginarme que terminaría quedándome aquí para casi toda mi vida”.*